

La leyenda de Elionbaso

Numerosos cuentos nos han transmitido los mayores, animándonos buenos ratos de la convivencia; cualquiera los puede repasar con doble finalidad: la de aportar indicios sobre el asado y proporcionar entretenimiento sano y necesario a los jóvenes, quienes además padecen la moderna epidemia del aburrimiento.

Una de las leyendas, muy divulgada por otra parte narra la conquista del monte llamado Elionbaso.

Este monte, poblado hoy de roble, se encuentra pasado el puente de Zarapi hacia Lizarrusti; después de unos 200 metros de carretera se tuerce hacia la derecha encarando Aralar: se trata de una ladera rodeada de terreno perteneciente a Arbizu y Lizarragabengoa.

En él habitaban, según se cuenta, los últimos gentiles asentados a orillas del Arakil. Reducido espacio, relacionado en la mente de todos con fenómenos extraños: los gentiles se mantenían en el como un reducto inexpugnable; el bosque contaba con una vegetación exuberante, con predominio del roble y el haya: robles milenarios retorcidos y hayas embrujadas entre espinos enmarañados con sus aceradas púas inyectadas de taxina; ésta la extraían de los tejos (agiña) allí mismo existente. A veces por la noche llegaban los gentiles hasta putterri, para llevarse haces de ramaje de tejo, con los que preparaban el veneno; embadurnaban con él las puntas de flecha, que resultarían mortales en animales y personas.

Ante esta táctica defensiva tuvieron que talar prácticamente todos los tejos de aquella parte de Aralar, con objeto de privarles del material en obtención del veneno tan peligroso y de tan fácil elaboración.

Los gentiles en cambio conocían una seta, que preparada sobre cascotes de cerámica (de tejas o pucheros) encima de las brasas y adobada con unas gotas de MINTZA, obtenida del saúco (lusintxa), quedaban inmunes a los efectos nocivos de la agiña; completaban la curación con la infusión de tila (ezkiye), que los relajaba de los últimos síntomas de la taxina.

Vivían en agujeros hechos en el suelo, que los cubrían con ramaje, helechos y hoja seca (orbela); al mismo tiempo que viviendas, estos hoyos eran trampas mortales para cualquier animal o persona, que se introdujese en su territorio.

Con este tipo de hábitat aparecían y se ocultaba con tal rapidez, que se achacaba a cosa de magia.

Los habitantes del valle habían decidido acabar de una vez con esta tribu de gentiles; con ímprobos trabajos talaron quemaron una franja de terreno alrededor del bosque ocupado por la tribu; cavaron una fosa y levantaron una empalizada, colocando de trecho torretas de madera; en cada una de ellas hacían guardia permanente una docena de diestros arqueros (balezta), provistos también de jabalinas (azkona), que disparaban contra cualquiera que se acercaba a la cerca de seguridad.

La leyenda de Elionbaso

Aguantaban el cerco subsistiendo con los recursos abundantes de su monte: sabían arovecharlo todo; tostaban las bellotas de roble (ezkurra), las molían y amasadas las cocían al fuego: preparaban de este modo una especia de pan parecido al del trigo o al talo de maíz; con la corteza del acebo (gorostiye) conseguían liga: la ponían sobre pequeños palos, capturando toda clase de pájaros que entraba en su reserva; pero su despensa natural se iba esquilmando sin que vieran posibilidades de aguantar indefinidamente; por el contrario, su final se acercaba ante la tenacidad de restante gente del valle.

Un día amaneció todo blanco, cuenta la tradición; extrañados los gentiles ante este fenómeno, que no acertaban a interpretar, decidieron consultárselo al más anciano de la tribu. El pobre hombre, maltratado por la tristes circunstancias del cerco y principalmente por lo saños, se había quedado ciego; por más que trataban de explicarle el aspecto de su territorio, no se hacía cargo del fenómeno que a los demás había infundido desasosiego y temor. Con unos palillos le levantaron los párpados y pudo contemplar la blancura que cubría el espacio habitado por los suyos; se quedó estupefacto y una pesada tristeza hacía presa de él; se le veía decaer por momentos; únicamente pudo decir “GALDUBEGETTUK” (estamos perdidos) y cayó muerto.

Ese mismo día la tropas mandadas por Élio se lanzaron sobre los gentiles, que conscientes de su final apenas opusieron resistencia, siendo exterminados para siempre de los márgenes del río Arakil, donde durante milenios habían estado asentados. Muestras de su dominio absoluto del territorio quedarían diseminadas por las alturas del valle.

Desde entonces, como homenaje al jefe de la tribu que les llevó a la victoria, ese monte se llamaría ELIONBASO.

Más o menos hasta aquí la leyenda. Lo cierto es que esas 24 hectáreas de robledal fueron compradas por Etxarri en 1883 a su dueño (desde el reparto de la Comunidad de Aranaz en 1882), Salvador Elío, junto con otras 10 hectáreas en Putterri por poco más de 79.000 reales.

Saque cada cual sus conclusiones; pero ándese con ojo más perspicaz que el viejo del cuento, al considerar estos relatos sobre gentiles como producto de etnográfico de alguna monta. El ejemplo, tan extendido en sustancia en otros pueblos vecinos, no pasa entre nosotros de finales del pasado siglo de momento (*se refiere al XIX*)